

LIBRERIA
MONTAÑANA
DE MADRID
1909

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 18 DE AGOSTO DE 1909.

NÚM. 86.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto a los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid

ADVERTENCIA IMPORTANTE

A nuestras suscriptoras.

Rogamos a nuestras suscriptoras que durante los meses de verano quieran recibir el periódico en los puntos donde fijen su residencia accidental, tengan la bondad de avisar a esta Administración, expresando al detalle y con toda claridad las señas de su nuevo domicilio, á donde se les servirá LA MODA PRÁCTICA sin aumento alguno de precio.

EXPLICACIÓN

de nuestras planas en color

Las modas de Otoño comienzan á hacer su aparición en escena. Como de costumbre, los modistos se anticipan y preparan sus baterías para lanzar al mercado una variedad infinita de combinaciones sobre la base de los vestidos hechura sastre ligeros.

Ofrecemos á nuestras lectoras las primicias de algunos de estos figurines en la portada de este número.

El primero es una *toilette* compuesta de una falda de talle alto con tablero central unido, guarnecida en el bajo de un volante plisado y de un bolero corto cortado á intervalos y guarnecido de botones, destacando sobre una cintura drapeada en liberty.

Cuello vuelto, con adorno de galón de la misma tela, formando ancha solapa. Mangas largas, hechura camisa, fruncida á un puño de liberty adornado con botones.

El segundo figurín es una elegante variación de hechura sastre, con la falda plisada á tablas, guarnecida de gruesos botones de satén.

Levita larga cerrada por un solo botón, con cintura sobrepuesta y bordada.

Cuello vuelto y solapas de la misma tela; mangas largas y estrechas con remate de puntilla, y gran corbata de encaje que cubre casi todo el pecho.

En nuestra doble plana, con el número 1, *toilette* de verano en tussor.

Cuerpo blusa bordado de *soutache* en el mismo tono. Straps de tela aplicados formando tirantes; la parte baja de la blusa de forma de peto; botones de la misma tela; canesú en tul punteado; plastrón de encaje de Irlanda ó de Cluny, adornado de ricitos de encaje de tul. Falda de cuatro paños, adornada de una banda de tela. Cierre por detrás debajo del pliegue anuecado, y el del cuerpo por detrás á un lado.

Número 2.—Vestido en tussor también, adornado de bandas en Liberty, cintura análoga, bordado de *soutache*. Cuerpo blusa, con la parte alta montada sobre los hombros y la parte baja forma de peto; botones y tirillas de pasamanería; plastrón de Irlanda. Falda con túnica cruzada y el fondo de la falda con tablas á los lados y

una grande el centro; cierre por detrás.

Número 3.—*Toilette* en terliz, cuerpo blusa, adornada de straps de tela, camiseta pegada con ribetes al cordoncillo y cuello libre; botones de la misma tela. Falda de siete paños, con delantero llano y volante añadido á los dos lados, coronado de una banda de tela, guarnecida de botones; cierre por detrás.

Número 4.—Vestido en terliz, con adornos de bordado de *soutache* y de bandas de tela; cintura en Liberty más obscuro. Falda de ocho paños, con el cierre por delante á un lado; el del cuerpo lo mismo.

Número 5.—Vestido en tussor, cuerpo blusa; bordado al cordoncillo formando un peto; tirantes y guimpé análogos; botones de la misma tela; plastrón en encaje de Irlanda ó de tul. Falda de tres paños, adornada de bandas con *soutache* cruzadas; cierre por detrás, y el del cuerpo sobre el hombro y debajo del brazo.

Número 6.—*Toilette* de forma sastre en terliz con cuadros; cuerpo con cierre cruzado; aplicaciones de tela y un pliegado de encaje en el cruce; botones y bandas de tela. Falda de tres paños, cierre por detrás y el del cuerpo por delante.

En nuestra última plana labores artísticas de Salvi, en la que ofrecemos con el número 1 la continuación de abecedario con las letras J L M para bordar en sábanas de diario.

Con el número 2 el mismo abecedario para almohadas.

Números 3, 4 y 5.—Nombres de Matilde, Julia y Rosario para bordar en pañuelos con sedas lavables.

Números 6, 7, 8 y 9.—Enlaces EZ, SL, JN, LD, para marcar servilletas con algodones de colores lavables.

EGOS DE LA MODA

Periódicamente, todos los años se pone sobre el tapete la famosa cuestión que tiene por objeto suprimir el corsé. Y reaparece con las mismas observaciones, con iguales anatemas, sin que llegue jamás á tomarse en serio el que, en efecto, quede desterrado del femenino atavío el martirizador ciliario. Lo que sí se han hecho son diferentes concesiones, ganando no poco el problema de la higiene. Eñpléanse para los corsés tejidos muy flexibles,

incluso de *caoutchouc*, bandas puede decirse, mejor que corsés propiamente dichos.

Muchas *legants* adoptan una especie de *compresor* dividido en varios compartimentos, la alta cintura aprisionando el vientre y las caderas que deben desaparecer, la «banda del talle», el *soutien gorge*. Todo esto tiene el inconveniente de presentar las mismas dificultades, sin que se logre otro objeto que complicar las cosas. El cuerpo no se ve, por esto, menos oprimido. Las partes crasas y carnosas son igualmente sometidas al mismo martirio. En tiempo de calor es casi imposible soportar los corsés de *caoutchouc* con el que se creía haber resuelto la incógnita; esto es, ir cómodo y ceñido.

El tipo clásico de la belleza femenina, la Venus de Milo, tiene ochenta y cinco centímetros alrededor del talle. Ninguna de nuestras presumidas le parecerá bien tanta cintura. ¿Cuál de nuestras damas se atrevería á confesarlo? Exhortando á las señoras para que renuncien al corsé, invitásemos á sustituirlo por un aparato que no sea ni menos inconvenientes. En nuestra opinión nada mejor que un corsé sencillito y bien flexible, hecho á medida, y que adaptándose como un guante al cuerpo de cada una, lo manengas sujeto sin comprimirlo de exagerado modo, dejando las carnes en relativa libertad. Suprimásemos, pues, esos corsés, divididos en parcelas, que, repetimos, sólo sirven para dificultar más lo que ya es de por sí dificultoso, y arrúmbese el pretencioso y *demi mondaine soutien gorge*, que nada es tan propicio á todas las elegancias y á la higiénica comodidad como la sencillez, madre de lo que es lógico y sensato.

Leo en mundanas revistas de playas y balnearios de moda, que el lujo que usan las señoras durante las fiestas nocturnas en estos sitios de verano aristocrático, es, sencillamente, maravilloso, vistiéndose las damas con tanta etiqueta, como en los más soberbios saraos del Madrid cortesano.

Tules, muselinas de India y sederías con aplicaciones de oro, plata y *smilis*.

El *toque* está en variar muy á menudo de traje, rivalizando todas las que pertenecen á esa esfera social—en esplendores y lujos de todas clases.

En las veladas de los veraniegos Casinos, las damas se descantan cual si fueran á asistir á una reunión Versallesca, usando finas y transparentes gasas de brillantes matices, que dibujan notas de color y fresca en el animadísimo cuadro de las fiestas playeras.

Que las telas de algodón y de lana tengan el mismo apresto de la seda, es un refinamiento de la industria francesa. «Ha salido» ahora una especie de *franflita*, con mezcla de hilo y de lana, que entre otras ventajas representa á de poderse lavar como un pañuelo sin perder ninguna de sus cualidades.

¿Sombreros? Siguen muy grandes y se llevan también minúsculos. La exageración en todo *Canotiers* y deliciosas capotas Directorio para viajar en auto, y que provistas de su clásico flotante velo, preservan del sol y del polvo durante el camino.

Las hijas de los Emperadores de Rusia, las cuatro grandes pequeñas duquesas, dotadas como su madre de la belleza suave de las hijas del Norte, van siempre vestidas con trajecitos marineros, de sarga, con el chalequillo de tricot rayado y los cabellos flotando en tirabuzones. Así se desarrollan estas privilegiadas niñas, habiéndose adoptado la costumbre de ataviarlas con tanta sencillez para que libremente, sin molestia, puedan dedicarse á los felices juegos de la infancia.

Tal debíamos hacer con nuestros hijos que aunque no sean del real estirpe, también tienen derecho á la comodidad y á la higiénica alegría, base de la salud física y, por tanto, moral de la infancia adorable.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Los primeros modelos de levitas y abrigos de entretiempo para el próximo Otoño.

DE ACTUALIDAD.==Nota típica de Melilla.



Interior del aduar de una familia hebrea ocupada en los menesteres caseros.

Fotografía obtenida por el redactor artístico de HERALDO DE MADRID y LA SEMANA ILUSTRADA, D. Alfonso Sánchez, y remitida expresamente para su publicación en LA MODA PRÁCTICA.

LA BELLEZA Y EL HIELO

¿Hanoído hablar nuestras lectoras del tratamiento de la belleza por el hielo? ¿Han probado helarse las incipientes arrugas del cutis?

Esta es la única novedad que no han inventado los profesores de la belleza, sino que la han copiado de las japonesas.

Es un tratamiento que fortalece los músculos, rejuvenece la fisonomía, quita las arrugas, comunica á las mejillas el sonrosado color propio de la salud y da al cutis una blancura infantil. Es un tratamiento con dos grandes ventajas: baratura y sencillez práctica. No requiere otra cosa que un pedazo de hielo bastante grande, liso y suave, porque un témpano resquebrajado ó rugoso no servirá para nada. Es absolutamente preciso que el trozo de hielo tenga, por lo menos, una cara tan bien lisa como una plancha, pues precisamente lo que hay que hacer con él es plancharse la piel y los músculos.

CANTO A LAS ALEGRÍAS

Las alegrías pasan en rápida carrera; breves momentos sólo pasan á acariciar; pasaron meteóricas en mi ilusión primera, y tornaron cien veces en rápido pasar.

Lograron unos ratos hacerme amar la vida, acompañadas siempre con ilusiones mil, y fueron marchitadas con la ilusión perdida como las bellas flores ajadas del pensil.

Y cien veces marcharon dejándome dolores; vinieron en los juegos de mi temprana edad, volvieron otros días en plácidos amores, siendo tan solo en éstos alegría verdad.

Hoy olvidar no puedo sus dulces melodías cuando el amor de aquella belleza virginal. ¡Volved á mí otros ratos, hermosas alegrías, aunque paséis por él siempre cual sol por el cristal!

Pero marchan los años deprisa, muy deprisa, y cada año que pasa se pierde una ilusión; poco á poco se llega hasta olvidar la risa, y faltando la risa, se hiela el corazón.

No me dejéis tan breves, no os vayáis con el viento, que así puedo creeros que sois lo mismo que él: ilusorias tan sólo, fenómenos que siento, y no rosas nacidas del pecho en el vergel.

Sed siempre, cual lo fuisteis en mis primeros años, inocentes compañías ocultas en mí yo; no me dejéis ahora que llevo desengaños; compadeceos siempre de este que tanto amó.

FEDERICO SOLER.

La reaparición de los sombreros grandes

La desmesurada proporción de los sombreros de actualidad es tal que, á menudo, es muy difícil mantenerlos en equilibrio sobre la cabeza.

Muchas mujeres jóvenes, ansiosas de cuidar los adornos de sus sombreros, vacilan en traspasarlos con el número de ganchos necesarios.

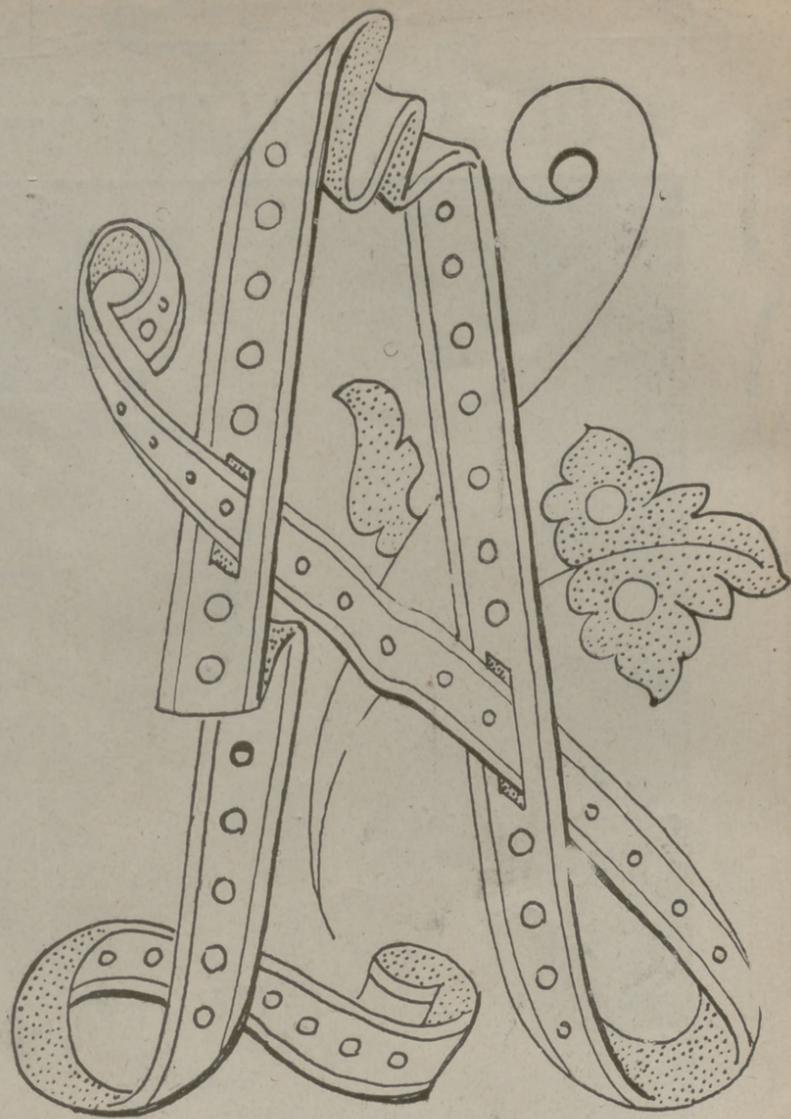
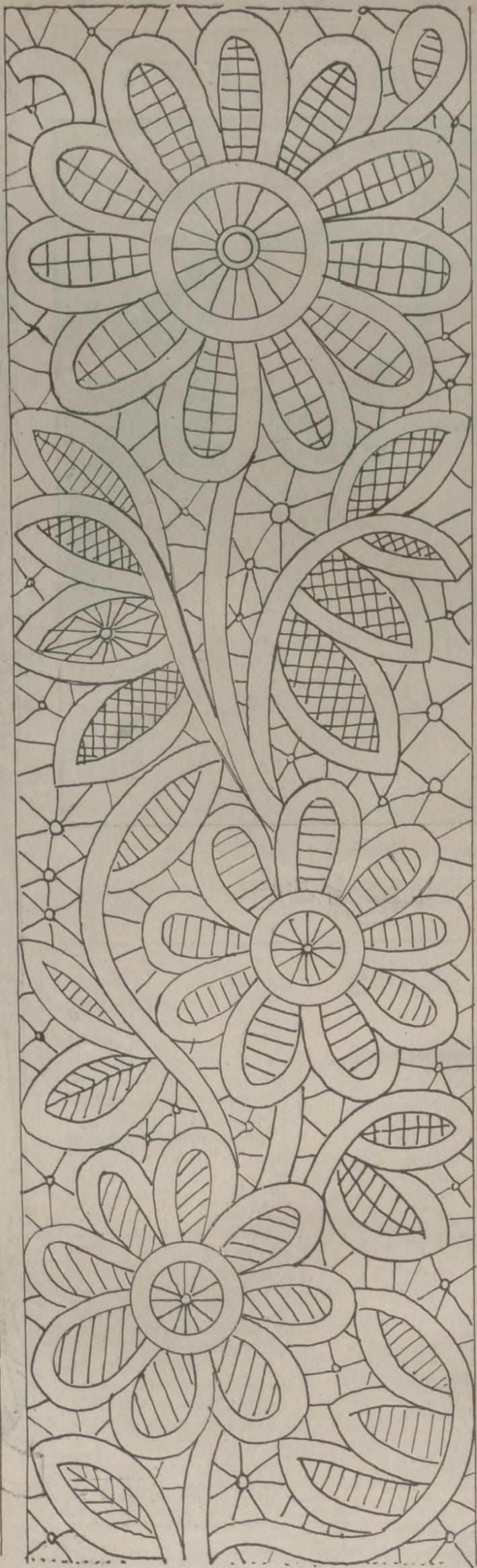
Les apunto un nuevo sistema, muy en uso en París:

Secosen en el sombrero grandes ganchos en forma de horquilla y se introducen estos ganchos en los cabellos.

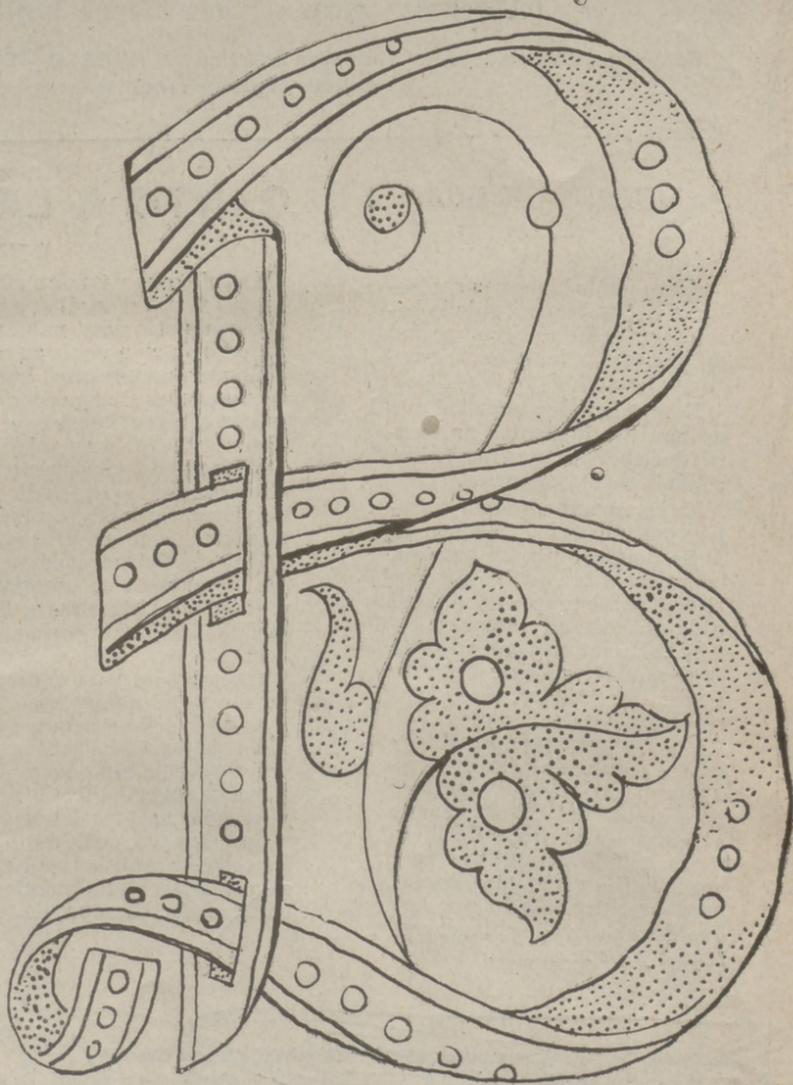
Muy práctico, ¿no?

Pero eso suprime todos los encantadores pasadores de actualidad, llenos de escamas de oro, de pedrería, de carey y de oro cincelado.

Festones para bordar, Fuentes, 7.



M. SALVI.



Tira de encaje Irlandés para aplicar en blusas y colchas. Principio de abecedario original para bordar en algodones blancos lavables sobre ropa de cama.

Psicología de la Moda.

XIII

«Cuando un uerpo es lindo—ha dicho Redfern—es necesario tratar de hacerlo ver como si estuviera desnudo.» ¿Os enteráis? Y Redfern no es, cual los Paquin y los Doucet, costurero de cortesanías, sino de reinas. Su fama de gravedad es universal, y los que conocen los secretos de la vida parisiense aseguran que cuando una pecadora se presenta en su casa, busca cualquier pretexto para no encargarse de vestirla. Los cuerpos que quiere hacer ver, pues, son los cuerpos más puros del mundo. En el teatro, como en la vida corriente, quiere que la mujer no se pierda entre pliegues, bucles y cintas; quiere que el «corps de la femme, agile, ideale, ¡oh, merveille!», cantado religiosamente por los poetas, sino que aparezca en la gracia triunfante de sus líneas, como aquellos torsos griegos que parecían envueltos en lienzo mojado, de tal modo el vestido se ajustaba en ellos a la carne. «Soy el apóstol de la línea—ha dicho Redfern—. En la vida diaria como en la escena, la línea es mi única preocupación. En «Afrodita», al vestir a Mlle. Garden, pude realizar mi ensueño de semidesnudez casta. Luego, aplicando el mismo principio helénico a los trajes de interior, he hecho muchos esfuerzos que han entusiasmado a las mujeres bonitas.» El gran modisto, que es discreto, se detiene allí. Pero no hay necesidad de ser muy sutil para adivinar que en su mente la frase termina, diciendo: «Y que han llenado de indignación a las feas.» Porque en esto de trajes, la fealdad tiene más importancia que la belleza, y los defectos influyen más que las perfecciones.

Preguntad, en efecto, a un modisto práctico:

—¿Cuál es el fin supremo de vuestro arte?

Y os contestará:

—Esconder las imperfecciones femeninas.

Verdad es. Desde tiempos muy lejanos, la moda, convirtiéndose en colaboradora de la ortopedia, ha sido humilde para con los cuerpos contrahechos. Las pelucas empolvadas, las crinolinas, las mangas «gigot», los corsés rectilíneos, mil otras invenciones que cambiaron el aspecto universal de la mujer vestida, tuvieron su origen en la necesidad de esconder defectos de grandes damas.

Otras modas, menos violentas, han sido creadas con objeto de establecer, gracias al lujo, un término medio de estética femenina, en el cual las poco agraciadas ganan lo que pierden las perfectas.

Pero, por fortuna, lo que ayer era un oficio, se convierte hoy en arte. Los que hacen trajes femeninos, comienzan ya a amar sus creaciones con amor estético. «La línea—dice Redfern—, la línea es mi obsesión.» Y esta sola frase indica un renacimiento de la «toilette», en el cual, gracias al cielo, veremos a las mujeres bellas ya no vestidas de uniforme, todas como lo manda la ciega moda, sino al contrario, cada una conforme a su tipo especial de belleza, y siempre enseñando, con orgullo sano y puro, las curvas divinas de sus cuerpos esbeltos. El traje princesa, que tantas indignaciones farisaicas suscitó hace años, triunfa ahora en todas partes.

Un grave inconveniente hay para la universalización de modas como ésta. Es la cuestión de la belleza. Porque el arte del costurero es como aquella espada celebrísima del general francés que servía para «sostener las instituciones», y, en caso necesario, «para combatirlos.» Una «toilette» princesa, necesita un cuerpo princesa. Para las que no son perfectas, los artificios de la costurera reservan los buches, los pliegues, los adornos, los faldones, los vuelos y los revuelos. Se trata de enseñar, y, en caso necesario, de esconder. Pero esto poco debe interesarnos a los que, hablando del asunto de un modo abstracto, no nos preocupamos sino de la idea de la elegancia como complemento de la belleza, y que, por consiguiente, consideramos que toda mujer tiene la estricta obligación de ser bella. Mas aun dejando lo abstracto para ir a lo concreto, en este punto las quejas son injustas. Hablar, como Marcel Prevost del «Krack de la beauté», es pura fantasía. «No tenemos—dice—una Mme. Recamier para que los londinenses, embriagados de entusiasmo, desenganchen sus caballos y arrastren su coche; no tenemos una Castiglione, reina de la belleza.» Es cierto. Ya no hay, en el París aristocrático, tres ó cuatro bellezas oficiales. Pero, en cambio, ¡cuántos millares de deliciosas muchachas sin nombre llenan los teatros, los talleres, los paseos! Un pintor ruso, Widohoff, que ha recorrido el mundo en busca de modelos, confesábase hace tiempo que, si había fijado su residencia en la capital de Francia, es por la increíble abundancia de mujeres bellas que allí encontraba. Ya antes habíalo notado yo, lo mismo que todo el mundo, contemplando en los «music-halls», en los teatros de aparato y en los cortejos carnavalescos, la infinita variedad de estatuas vivientes y alucinantes, no de esas cuya gracia está en el afeite y en la compostura, no, sino frescas, francas, sanas estatuas de líneas olímpicas. Para éstas son los trajes princesa que conservan en una relativa integridad las líneas esenciales. «Vestid en casa de un gran modisto a la Venus de Milo y a la Joconda—dice alguien—, y veréis que parecen dos maritornes.» La paradoja tenía su razón de ser en los tiempos de las deformaciones singulares. Ahora que un poco de respeto de los contornos sagrados parece reinar, todas las bellezas antiguas podrían, sin exponerse tal vez a perder su armonía, recurrir al arte de los modistos. ¿No son soberbias Venus vestidas las «maniqués» de los costureros ricos?...

A veces, en las calles alegres de París, ciertas mujeres nos sorprenden. En mil detalles se ve que no son ricas. Ni tienen coche, ni llevan joyas. Pero no importa. A pie, andando de prisa como la gente que trabaja, á pie y sin adornos, producen la impresión de ser verdaderos modelos de elegancia. Sus trajes, de paños finísimos, tienen el corte impecable que es peculiar a las creaciones de los grandes modistos. Sus altos guantes blancos acaban de salir de la tienda. En sus sombreros magníficos, las plumas más raras ondulan.

—Esas muchachas—nos dicen

los iniciados—son las maniqués.

¿Las maniqués? Aunque no hayamos visitado nunca un taller de costura, este nombre nos es familiar. Lo hemos visto en las estampas, en las novelas, en las crónicas. París habla á menudo de esas maniqués. Las admira con ternura algo vanidosa, como flores que sólo en su suelo crecen, y se deleita en describir sus esplendores y sus miserias, sus triunfos y sus penas, sus gracias y sus desgracias, sus lujos y sus pobreza. Lo que más llama en ellas la atención a los psicólogos es el contraste que encarna. Pagadas como criadas, se visten como reinas. ¡Qué digo! Son las reinas las que tratan de vestir como ellas.

La leyenda de las lindas muchachas de la rue de la Paix, que han abandonado el salón de «essayage» para instalarse en el salón de algún gran duque, es una de las leyendas más peculiares de París. René Maayerfroy, que adora á las obreritas, consagró, poco hace, todo un volumen á relatar las aventuras de una chiquilla de esas, que después de trabajar humildemente, conquista, á fuerza de sonrisas, una corona de princesa. Pero el que mejor conoce á las maniqués, el que con más cuidado las estudia es Paul Adam, el fuerte Paul Adam, que se divierte así, en sondear de vez en cuando los misterios de la rue de la Paix, de la rue Royale y del Bulevar. En primavera, sobre todo, esos centros de lujo por los cuales pasan, «frutantes» y perfumadas, las parisien-ses, tienen para el filósofo un atractivo irresistible. Y es que nada puede compararse con la primavera parisienne.

Todo sonríe durante estos días paradisíacos. Todo es alado, todo es ligero. Algo como un velo de hadas galantes envuelve la existencia para ocultar sus miserias y no dejarnos contemplar sino lo que en ella es goce y esperanza. Una intensa frivolidad llena el espacio. Es una frivolidad de arte, de artificio y de misterio. En el ambiente hay perfume de flores, que se escapa de las ventanas entreabiertas, y al través de las vidrieras se ven por todas partes, irguiendo sus tallos esbeltos, los iris de mil matices, las lilas frescas y las rosas primeras. Son las flores modestas. Un poco más tarde, cuando la Exposición de Horticultura abra sus puertas, vendrán las otras, las raras, las caras las que tienen nombres extraños, formas fantásticas y colores inverosímiles. Ahora la frescura basta. Porque este mes es el mes de lo que sólo no es rico. Las mujeres mismas que aos «cantan» por las calles no pertenecen únicamente á las clases ricas, sino que, por el contrario son á menudo modistillas ó burguesitas, chicas pobres, muchachas humildes. La Primavera le pertenece también á Mimi Pinson. ¿Qué digo? La Primavera es ella. Ella la hace con su gracia, con sus alegrías. Para la gran dama, para la actriz conocida para la belleza de lujo está además el Otoño melancólico, en que los encajes se esconden bajo las pieles. Pero en Abril la palma es para la juventud, para la ingenuidad. Ved esos cuerpecillos rítmicos que ondulan, llenos de vida. ¡Cuánta armonía! ¡Y esos rostros de risa bajo esos rizados de capricho! ¡Y esas bocas glotonas que enseñan los dientes de lobos humanos! Ningún secreto comprado á precio de oro en doctos institutos de belleza da tal gracia. Lo

único que la da es el bálsamo de los diez y ocho años.

Paul Adam admira á esas muchachas, entre las cuales sobresalen las maniqués. Con ternura casta, las sigue por las calles para conocer el misterio fragante de sus vidas. Luego, grave, las interroga. Y cuando sus quehaceres de gran pintor de frescos cíclicos le dejan una hora de solaz, diviértese en dibujar, con claros lápices, las más inquietantes, las más ondulantes siluetas. He aquí á mademoiselle Odette, que parece nacida para no llevar sino trajes de baile, de tal modo su descote es admirable. Sus gestos, sus rasgos y sus actitudes son de princesa guerrera. Alta y altiva, contempla á los pobres mortales que pasan á su lado como si fueran seres de una raza inferior. Cuando se cierva en la espiral de un traje de brocado ó de terciopelo para hacer ver la moda nueva á alguna gran duquesa extranjera, la noble dama se inclina instintivamente, olvidando que la pobre parisiense no es sino una obrera que está á sus órdenes. Otra maniqué célebre es Germana, que tiene toda la encantadora impertinencia de maneras, de miradas, de ademanes y de sonrisas de una marquesita Luis XV, y que, con sus trajes vacuosos y sus peinados aéreos, hace pensar en las elegancias abolidas de Triánón Paula, por el contrario, es como una flor nueva nacida en el París actual. Sus líneas son, á la par, amplias y finas. Su palidez se colora de luces delicadas. Su cabellera de bronce, tal vez oxidada por medios artificiales, la corona de un casco luminoso. Sus trajes estrictos, hechos de una sola línea que se ajusta al serpenteo del cuerpo, sirven de modelo á las atrevidas amazonas que llenan por las mañanas de risas y de murmuraciones el Bosque de Bolonia. Muy parisiense también, muy parisiense y muy moderna, con sus rizados locos y sus labios infantiles, aparece la exquisita Magdalena. Sus gustos son originales. En cuanto ha llevado unas cuantas horas una «toilette», ya la da un sello personal. Con habilidad extraña y casi diabólica cambia aquí un pliegue, allá una costura, más abajo un volante, y lo que antes pertenecía al estilo clásico, se convierte en una maravilla de su propio estilo.

De estas muchachas de Paul Adam, sin duda, algunas se irán hacia países de oro, raptadas por algún banquero ó algún duque. ¿No era ayer maniqué la hoy triunfante Feyline? Pero la mayoría permanecerá fiel á su dignidad de modelo de elegancias y de gracias impecables. Las señoritas maniqués adoran su oficio. Con un orgullo infinito, se creen superiores á las demás mujeres. Saben que de ellas depende la moda, y la moda es para la rue de la Paix la única religión respetable. Una actitud de Mlle. Magdalena ó de mademoiselle Paula, puede arruinar una creación. Por lo mismo tienen una circunspección de sacerdotisas. Saben lo que un paso significa, lo que un movimiento de las caderas representa, lo que un ritmo de brazos vale. Lo saben y lo aprecian. Son vanidosas con justicia. Y como, en general, ponen su belleza por encima de sus intereses, no sufren de tener que buscar á la hora del almuerzo las «cremerías» más baratas.

E. GÓMEZ CARRILLO.



3





4



5

6



Los guantes de color lila.

Multitud de gente agolpábase á la puerta de una casa de la calle de Alcalá.

Un individuo había sido atropellado por uno de tantos automóviles como á todas horas, y principalmente por las tardes, cuando la concurrencia es mayor, marchaba en veloz carrera.

El sujeto atropellado había sufrido tan grandes contusiones que, habiendo perdido el conocimiento, fué conducido por dos agentes de orden público á aquel portal hasta que, en un coche *simón*, le llevarán á la Casa de Socorro.

Después de la primera cura, fué conducido á su domicilio, según varias tarjetas que se le encontraron en un bolsillo de un gabán, pues el herido apenas si articulaba palabra.

Además de las tarjetas y diversos papeles, halláronsele también unos guantes que, por su forma y tamaño, debían ser de señora.

Mientras el herido descansaba, leía Leonor los periódicos del día deseosa de conocer cómo había ocurrido tan fatal accidente.

Cuando se enteró de los guantes que le fueron encontrados en el bolsillo, no pudo seguir más. Los celos la atormentaban al suponer que su marido compartía con otra mujer el cariño que á ella sola le correspondía. Ciega de cólera guardó aquellos guantes, que habían de servirle de prueba de la infidelidad de su esposo.

*

Una tarde que el enfermo se levantaba ya, fué á sentarse al lado de su esposa, que se hallaba cosiendo al pie del balcón. Esta procuró que la conversación recayera sobre el accidente ocurrido á su marido, estimulándole á que leyese en los periódicos su relato.

Carlos leía.

Leonor temblaba de ira á la vez que celebraba la ocasión de hablar con su marido de aquellos guantes que tanto la mortificaban y cuyo recuerdo no se apartaba de su mente.

Al leer Carlos aquella noticia quedóse un momento pensativo como queriendo traer á su me-

moria algún recuerdo de aquellos guantes, y, no explicándose la causa de ello, creyó que aún tenía la cabeza trastornada, efecto del estado débil en que se hallaba.

Leonor le contemplaba con asombro, esperando que su marido se declararía culpable de un hecho que no podía ocultar por más tiempo.

Pasó un rato en silencio hasta que, al fin, dijo Carlos:

—¿Qué es esto, Leonor; deliro yo ó es que mi vista me engaña? Porque no recuerdo...

No le dejó terminar Leonor, que, llena de ira, y no pudiendo contenerse, le interrumpió:

—¿Cómo es que no lo recuerdas, bribón, cuando ahí tienes la prueba!—Y arrojó á la cara de su esposo aquellos guantes que tantos días había guardado.

Absorto quedóse Carlos y, dándole vueltas entre sus nerviosas manos, prorrumpió de pronto en fuertes carcajadas.

—Ven aquí—dijo á su mujer que, ciega por los celos, se resistía á obedecerle—; ven, que ahora te explicaré la historia de estos guantes, que afortunadamente he recordado, pues de no ser así hubiera sido causa de un grave disgusto. ¿Te acuerdas—prosiguió—que una tarde, de vuelta de paseo, al entrar en una confitería, cerca ya de casa por cierto, te quitaste los guantes para darle un dulce á Arturito, que se empeñaba en mancharse el traje que había estrenado precisamente aquel día? ¿No te acuerdas que yo me los guardé, sin que luego tú me los pidieras al llegar á casa, ni yo me acordase tampoco de darte los después?

Y examinándolos Leonor, vió que, en efecto, eran suyos, pues en el fondo hallábanse escritas sus iniciales, cosa que ella hacía con todos los que compraba, y, recobrando su tranquilidad, loca de alegría, estampó un beso en la pálida mejilla de Carlos.

Este hizo lo propio y aquellos apasionados y mutuos besos fueron los primeros que se habían dado desde el día del fatal accidente.

CARMEN URQUIZA DE CABEZAS.

EN LA MONTAÑA

MAÑANA DE VERANO

Lentas, cansinas, dobladas á la pesadumbre de la espuerta, van las obreras hacia el barco.

Es una procesión interminable de figuras rojizas, chaparrosas, groseras en el dibujo y en la acción. De cocido barro parecen.

A los brillos del sol, forma la escoria férrea, en torno del barco esparcida, como un charco de sangre. Las brisas oceánicas levantan de ella polvo rojo y la hacen palpar, humear. Dijérase que la sangre escapa de

una herida enorme, recién hecha.

La mañana está hermosa. Todo sonríe en el espacio y en el mar. Nubecillas de ópalo se irisan bajo el cielo á los roces del sol; espumas de plata se rizan sobre el mar al empuje del aire.

Santander surge de una atmósfera azul, bello y coquetón. Mujeres ataviadas con elegancia suma, distraen los matutinos ocios paseando por el Boulevard, ó sentadas coquetamen-

te en los cafés de par en par abiertos, agasajándose en cumplidos de silla á silla bajo los árboles frondosos.

De aquella multitud sale una vibración gozadora. Nota es ella del himno al verano.

Mañana hermosa de Julio, al disfrute de serenas venturas convidadas, sintiendo el alma deseos de paz, de íntimas expansiones en hogares á salvo de las materiales congojas del vivir. Buscan las pupilas el azul de los cielos, para evocar su memoria en los grises días invernales; recogen el verdor de árboles y matas al fin de recordar sus pompas cuando Noviembre los desnude; respiranse á todo pulmón auras y brisas perfumadas con la esencia de jardines y huertos.

Experimentar la alegría santa de vivir, es ley de los humanos. Hay que alegrar la vida, porque la vida puede ser alegre para todos, porque la Naturaleza es manantial donde todo nacido tiene puesto sobrado y vaso capaz á las exigencias de su sed. Ni un solo hijo para esa madre que no lleve aseguradas las necesidades que trae al nacer aparejadas. Ni un átomo saldría de ella si no tuviese espacio hábil donde vibrar.

Lentas, cansadas, encorvadas á la pesadumbre de la espuerta, pasan y repasan las trabajadoras sobre el charco rojizo que las escorias del mineral forman y ensanchan á cada viaje frente al barco.

Su labor es improba. A cada avance se siente el crujir de sus coyunturas y el retemblar de sus riñones; sus desnudos pies se arañan en las aristas del repartido mineral: el sudor gotea por sus frentes; la cabellera es un plastón húmedo bajo los pañuelos pingajosos; los músculos se distienden como cordajes; el alentar va ronco; más que aliento, es jadeo. Las hay jóvenes y viejas... ¿Qué importa? Juventud y vejez; fealdad y belleza, desaparecen bajo la costra con que el polvo férreo las cubrió. Sobre aquella costra traza el sudor líneas pardas. No el amor, la compasión con los párpados lagrimeantes, es quien se acercará á esas pobres mujeres, hormigas rojas que almacenan para el ajeno troje.

En larga hilera van y vienen desde el barco hasta los montones de mineral. Lo que ha de ser bienestar para otros, aplasta sus miserables cabezas. Cuando el aire llega á sus labios, no lo hace impregnado con perfumes de frutos; borró ese perfume el polvillo de hierro. No lleva la brisa fresca y gratas imaginaciones á sus frentes; cuaja sobre ellas el sudor, mientras en los interiores de ellas se recuentan las perras del jornal y los panecillos de los hijos.

Cuando todo invita al dulce y seguro esparcimiento de un alegre vivir, son estas criaturas miserables, á quienes la religión ofrece felicidades en el cielo á cambio de sus dolores en la tierra, una protesta silenciosa, un alegato de la Naturaleza burla-

da en sus leyes que invita á todos los hombres de buena voluntad para que luchen, para que establezcan el reinado de la dicha humana en la tierra, para que la alegría de vivir, por ser común á todos, pueda ser cantada por todos como un himno de bendición; no oída por muchos como un escarnio y un ultraje.

En la iglesia, cuya gótica aguja agujerea el horizonte, vibran los doce sonos meridianos.

La multitud, que goza de las delicias del veraneo en el *oulevard*, se pierde por las calles próximas. También las mujeres rojizas se pierden entre los rincones del muelle.

El cielo está azul; el sol es oro; esmeralda y placa las aguas serenas del Cantábrico.

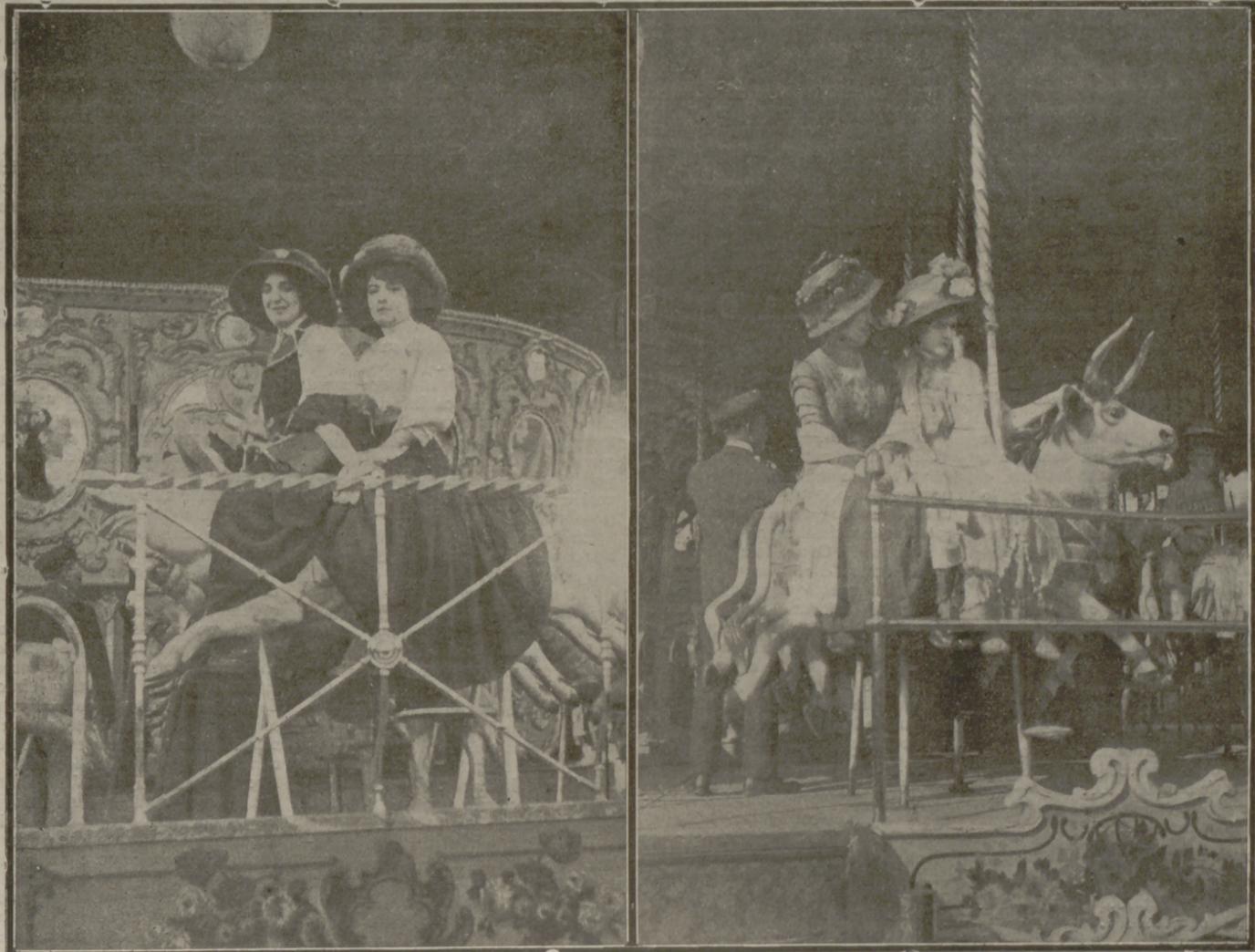
Sólo allá, en el espacio ahora solitario, donde trabajaban las obreras, toma el aire resplandores de incendio al impregnarse con el polvillo del mineral de hierro; sólo allá, junto al barco, se tiñe el agua con los humos negros de la máquinas; sólo allá, en el sitio que las obreras patearon una y otra vez durante su faena, brilla la tierra como un charco de sangre...

ELVIRA ESTELLES MONTAGU



Bata de casa, muy elegante, en muselina ó linón, con la parte superior descotada en cuadrado y plisada. Mangas plisadas, terminadas por un galón y recubiertas en su parte superior por una guarnición de satén. La falda es hechura Princesa, de talle alto, á pliegues, unida á la guarnición rectangular del peto del cuerpo, que es de satén.

PARÍS FEMENINO



La juventud se divierte.

Las delicias del 'Tío-Vivo'.



Eniace de las letras MP para bordar en blanco en ropa de cama.

Estafeta de La Moda Práctica

Una que está enamorada de uno que le falta barba.—No será chino es caballero? ¿Ha probado con la corteza de tocno?

¿Cómo quiere usted volverse muy blanca y rubia siendo muy negra y morena? ¿Me hace usted unas preguntitas, que ya, ya!

Dos rubias tristes.—Si usted misma dice que ese joven era nada más que un *medio novio*, ¿cómo puede extrañarse de lo sucedido? Bromas aparte, yo creo que esto que usted me consulta, más bien que duda amorosa, debe ser un convencimiento por su parte de que ese muchacho carece de educación y de agradecimiento. Mándele usted á paseo, que la pasión debe ser recíproca.

En cuanto á la otra *rubia triste* que me cue tra sus dudas, me asalta una duda: ¿cuá era el *de colorista*, el padre de él ó de ella? La carta no lo dice claro y necesito saber esta circunstancia para dar solución al conflicto. Digámelo y contestaré en seguida.

Rubia de ojos negros.—No conozco el perfume de que usted me habla y que dice se llama *Miel de Inglaterra*. En cambio, puedo facilitarle la fórmula de un *Bouquet Ingles* excelente y que se hace de la siguiente manera:

| | |
|--------------------------|------------|
| Espíritu inglés..... | 1/2 litro. |
| Extracto de tuberosa.... | 5 gramos. |
| Esencia de vetiver..... | 5 — |
| Esencia de sándalo..... | 2 — |
| Esencia de lavanda..... | 5 — |
| Esencia de tanino..... | 2 — |

Vea también, la receta que me pide del extracto de violetas:

| | |
|------------------------|-------------|
| Alcohol de violeta.... | 100 gramos. |
| Alcohol de iris..... | 50 — |
| Alcohol de rosa..... | 50 — |
| Fsencia de violeta.... | 50 — |
| Esencia de iris..... | 1 — |

C. V.—Cuanto usted me dice no es de mi negociado. Así es que le ruego se dirja á la Administración de este periódico.

Una que se quiere casar sin tener novio.—No tenemos costumbre seguida por otros periódicos—de fabricar tapas para la encuadernación de LA MODA PRÁCTICA.

Si usted me envía el suyo, no tengo inconveniente en corresponder en igual forma á la atención.

Italiana.—En el lavado del niño debe usted hacer uso del Agua de la Belleza, que no sólo está dotada de altas cualidades antisépticas, sino que sirve muy bien para lo que usted desea, evitando escoriaciones y curando éstas. Asimismo está indicado el propio remedio para corregir esas deformaciones cutáneas que me dice padece su señora hermana.

Una morena con pelo rubio.—No tengo inconveniente en darle á usted el remedio que solicita. En cuanto á su pícaro hermanito, dígame de mi parte que vaya á la consulta de un profesor médico.

Ante todo, adquiera usted la costumbre de darse en el busto diariamente duchas frías, y después suaves lociones con Agua de Colonia muy pura. Después de la ducha dése fricciones con la preparación siguiente:

| | |
|------------------------|------------|
| Canela fina..... | 20 gramos. |
| Pimienta..... | 10 — |
| Polvos de quinina.... | 6 — |
| Sulfato de aluminio... | 4 — |
| Leche de amandas.... | 100 — |
| Mirra..... | 4 — |
| Alcohol de 90 grados.. | 300 — |

Una impertinente.—He oído hablar—y hasta lo he visto escrito—de un remedio para agrandar las pupilas,

pero no me atrevo á dárselo á usted, en primer lugar porque no he tenido ocasión de ver sus resultados, y luego porque, á decir verdad, no creo en la eficacia de tal receta. Además, puede ser peligroso.

Lo de hacer crecer las pestañas y que se vuelvan rizadas con esa atractiva inclinación hacia arriba que vemos en algunas hermosas, ya es más fácil. El procedimiento es sencillo y puedo certificar de sus buenos efectos: consiste en despuntarse las pestañas todos los meses con unas tijeritas finas, bien que haciendo la operación con habilidad y prudencia y sin tener para nada en cuenta el estado de la luna. Esto último si que es una buda paraña.

La inmensita.—El modo de que obtenga usted tan rápidamente como desea el tinte de sus cabellos con un negro azulado, es empleando la fórmula del *Jouvence*, que no perjudica á la salud ni enuncia el cuero cabelludo.

Beppina.—Como usted desea el acoso recibo del cupón que nos remitió para el sorteo de regalos y que oportuna mente entró en su rite.—El Agua Oriental no es un tónico; es un colorante del cabello que se usa principalmente para igualar el color del mismo.

Mejor que la lanolina emplee usted el Agua de la Juventud y de la Belleza, que obra con toda eficacia, y una de cuyas diversas aplicaciones consiste en poner terso el cutis librándolo de espinillas y poniéndolo, en general, en higiénicas condiciones.

Los polvos *toujours vingt ans* se dice de su fórmula que es un secreto de belleza, por que, en efecto, nadie ha podido averiguar por qué aterlopelan el cutis, dánole el sonroado blanco de tinte mate, tan buscado por las elegantes.

Una humilde Bribescana.—Siendo el luto del todo riguroso, no debe usted llevar esos guantes de que me habla. Pero á los tres meses, sí. Conozco, en efecto, un plan admirable para adelgazar; pero padeciendo usted como padece del funesto reuma, no podría ponerlo en práctica.

En la sección de dibujos recomiendo su ruego.

Una catalana.—Con tal de que no sea usted separatista, pregunte lo que quiera que yo le responderé con sumo gusto, á mayor abundamiento si el objeto de las consultas es un precioso *bébé* de cuatro años. Recomiendo en la sección de patrones que procuren complacerla á la mayor brevedad. Respecto á la confección, también se le darán indicaciones, y en cuanto al género, es mi consejo que debe usted elegirlo de museína bordada en verano y de piqué en el entretiem po.

Sor Margarita.—No es té lo que hay que emplear para que se torne el pelo rubio, ó al menos para que se aclare. Es manzanilla en infusión.

¿Pero es posible que quiera usted tener muy poblado el entrecejo? En primer lugar, no sé de ningún remedio, y luego, que aunque lo supiera, me abstendría de satisfacer ese raro capricho. ¡Jesús, qué cosa tan fea!

Una palurda.—Habiendo mediado el envío de la participación de enlace, debe usted visitar á los novios; pero después que haya transcurrido un mes del casamiento, porque antes, los chicos no estarán de humor para recibir visitas.

La capitana.—Para que desaparezca el paño de la cara, que le salió de resultados de su último alumbramiento, emplee lociones de Agua de la Juventud, que entre otras aplicaciones, tiene la que le indico de modo principal.

Doli.—La pasta y crema *Izur* combinadas dejarán vuestro cutis joven y aterciopelado, pues este producto es tan higiénico y antiséptico, que sus efectos son maravillosos. La encontrará: Carmen, 2.

La dama de los lirios verdes.—La esencia de heliotropo se hace del modo siguiente: Mézclense cincuenta gramos de alcohol heliotropino, cincuenta de esencia de almendras amargas, cincuenta de vainilina, diez gramos de extracto de rosas y otros diez de esencia de néroli.

A. G. N.—Recomiendo su ruego en la sección de dibujos.

Rosa de té.—No le ponga usted *hache* á la aromática infusión. Mire usted que *La Cierva* sí lo hizo en una invitación que dirigió á las mayores del Gobierno y en todos los periódicos, me os en *Epoca*—claro está—se le tomó el poco pelo que ya le va quedando á famoso D. Juan.

En efecto, los polvos *toujours vingt ans* son un tónico de hermosura, y eso es, sin duda, lo que usa esa amiga de usted, cuarentona y que, no obstante, aparece con una tez aterciopelada y lozana.

Encontrará usted este secreto de belleza en las buenas perfumerías.

Esas arruguitas, á rededor de los ojos y que con razón califico usted de antipáticas, le desaparecerán en seguida que emplee el tratamiento con la conocida y maravillosa fórmula del Agua de la Juventud.

Pregunte cuanto desea, en la seguridad de que no me molesta nunca.

Una hija de Mula.—Sería mejor que se dirigiera usted á un veterinario.

No estoy fuerte en las fisiologías animalescas de que me habla en su carta.

Wister W. L. Dyer.—En efecto, contesto con gusto á todas las suscriptoras, y lo que de veras siento es que, por el exceso de cartas, el turno se retrase un poco.—Muchas gracias por el largo párrafo de su carta dedicado á preguntarme por mi salud. Dichosamente me encuentro muy bien. Y usted que lo vea.

No es que no se usen las levitas; pero en los trajes blancos, sobre todo en la estación de verano, mejor dicen otras formas, confecciones más amplias y modernas, á no ser en trajes de mucho vestir para lo que, si es así, podría emplear la hechura princesa.

Su letra es regularcíta y la ortografía, tal cual. Algunas faltillas hay, pero no son cosa mayor. No veo, por tanto, inconveniente alguno en que escriba usted á *esos jóvenes*, aunque lo que me choca es la alarmante pluralidad.

M. P.—Me entregan en la administración una carta de usted, en la que se refiere á otra que yo no he recibido. No puedo, por tanto, contestar á sus preguntas. Tenga la bondad de repetir las consultas y le responderé en seguida, saltando el turno en su favor. Las cartas particulares las restringimos todo lo posible, porque si abriéramos la mano, pesaría sobre mí una agobiadora labor para la que no cuento de tiempo.

Una desgraciada.—Pero hombre ¿por qué esa desesperación? Francamente, en todo lo que usted me relata, no veo desdicha alguna. Perdió usted esos amores porque quiso. Pero, señor, ¡qué hipocriti la somos la mayor parte de las mujeres!

Si entre sus desgracias cuenta también la de tener veteados los cabellos por haber hecho uso de tintes diversos, sepa que, haciendo uso del Agua Oriental, puede tener la parte de fei

cidad que por clasificación corresponde.

P. C.—No hay más remedio que aguardar el turno riguroso con que contesto mi correspondencia.

Vicenta.—Traslado á las oficinas de Administración lo que en su carta hay de suscripciones y otras consultas de índole análoga.

En cuanto á la fórmula que desea para curarse pronto esas molestísimas grietas de los labios, nada mejor, en mi concepto, que las lociones del Agua de la Belleza, receta que asimismo puede emplear para la higiene, blancura y suavidad del cutis.

Un conterráneo de Jorge Juan.—Empiezo por declarar á usted que esto «esponja la»! Cada vez que me tratan de vos me siento crecer! Además, no puedo menos defelicitarle por su extra verdadera claridad de conciencia, y también le doy mi parabienes por ese tute de primas que tiene usted. Es usted, por lo visto, un primo... universal!

Dígale á los dos primeras que «están para» casarse que lleven á la ceremonia traje blanco y velo de tul muy largo, cubriendo toda la figura. Si el novio es militar, debe casarse de uniforme, porque éste es de tanta ó más etiqueta que la levita y el frac.—Zapato y guantes blanco.—Y vamos con la otra primita. Esto es que es primada por parte de usted ¿Con que tiene usted rubor de declararle su atrevido pensamiento? Vamos, hombre. Yo comprendo que, no obstante los sentimientos patrióticos, sintiera usted algo así como miedo ante un rifle negro y calvo, con barbas de chivo y afilada gumba; pero ante esa primita, que debe ser una perla en dulce, déjese usted de pueriles temores, que si no están bien, incluso en una señorita, calcule usted en uno del sexo feo! Y perdone usted esto de feo, si por acaso se juzga guapo y tal.

Eso de la exprometida con quien «partió peras» y ahora escribe cartas—como dice usted—*dulcificadoras*, ¿es pitorreo? ¿O es que también se ve usted comprometido? ¡Pues no se ahoga en poca agua que digamos!

El manto que desea ¿es también para otra prima?

Termino besándole á usted las manos y notificándole de paso que ardiente no se escribe con h.

Pasta ideal.—¡Si que son ustedes raritas en los pseudónimos!—Para calmar esa tos impertinente que no le deja dormir, haga una mezcla de treinta gramos de goma arábiga, ciento de azúcar candi y una cabeza de adormidera.—Hágase hervir en medio litro de agua, déjese reducir á la mitad, pásese por una muselina y exprímense los pedazos de la cabeza de adormidera.

En cuanto al tinte que desea para sus cabellos, le recomiendo la fórmula del *Jouvence*, que sin perjudicar á la salud, obra rápidamente.

J. B. de R.—Como está de moda, hija mía. Vea figurines que publicamos con profusión.

Espárraga.—Tenga usted la bondad de escribir en forma más legible el párrafo inglés que quería que le traduzca, porque entre que yo no estoy muy bien que digamos en la lengua de Shakspeare, y luego usted que hace unos garrapatos imposibles, no podemos entendernos, hija de mi alma.

La Secretaria.



Charlemos.

Continuamos hoy el capítulo práctico comenzado en el número anterior dando á conocer cómo pueden quitarse las manchas que forma el hierro en sus diferentes estados, tinta, lodo, herrumbre, etc., así como también trataremos del modo de combatir las manchas pertenecientes al segundo grupo, ó sea aquellas que alteran el color.

Para quitar las manchas de tinta en ropa blanca, se toma una cuchara de estaño, se llena de agua de río y se pone en esta agua como una pulgarada de sal de acederas. Se tiene esta cuchara sobre el fuego hasta que se haya disuelto bien la sal; viértase el agua hirviendo sobre la mancha, que desaparece al instante sin frotar. Si la mancha resiste, se vuelve á empezar la operación.

Cuando el lodo es pardo y espeso, no debe quitársele de la seda sino frotándola con un pedazo de tela de lana. El cepillo que ordinariamente se usa para esta operación destruye el brillo, al paso que la lana le aumenta.

Cuando las manchas de barro son recientes, pueden salir con sólo jabonar la tela. El cremor de tártaro muy fino quita las manchas de lodo sobre la seda.

Las manchas de herrumbre no salen sino con la disolución de la sal de acederas en el agua, contenida en la cuchara de estaño ó con el zumo de limón.

Las manchas de fresas, guindas, grosellas, cerezas, sidra de manzanas y peras, ceden al jabonado con agua caliente en tela blanca cuando son recientes.

Las manchas de vino y de moras salen con sal común y unas gotas de limón. Las de li-

cores se quitan exponiéndolas á una fumigación de azufre, después de jabonarlas.

Las de sangre desaparecen jabonándolas, bien sea en la seda ó en la lana; algunas veces es preciso azufrarlas.

Y con esto damos por terminadas las prácticas recetas de hoy, reservando para el número que viene, en que concluiremos la sección, la indicación de procedimientos para combatir las manchas que alteran ó destruyen el color.



Modelo de *le tele de casa* en murmelina de lana ó linón, con la parte superior en forma de cuerpo, decorado en redondo por un guimpé plisado y un fichú drapeado en el delantero y espalda. Una garnición de puntilla contorna el fichú y las mangas, que son cortas y pisadas en su cara interna. Cintura de satén terminada por dos colgantes anudados, y falda ceñida y larga.

¡VEN Á MÍ!

¡Dolor, eterna fuente de poesía,
ven y quítame un poco de mi alegría!
Ven, que me basta tanto contento;
¡me hace falta un poquito de sentimiento,
de ese que entra en el alma
callado, lento...!

La risa está á mis labios
siempre asomada
yo me río de todo ...
y me río de nada;
por eso mismo quiero
la inefable ternura
de una pena tranquila
que siempre dura.

Quiero ver un poeta
que al mundo asombre
cantando todo aquello
que siente el hombre;
poniendo en mis estrofas
el alma entera
cuando se ríe,
cuando se desespera,
cuando se humilla,
cuando se engríe....
Quiero cantar la vida
con sus azares,
mezclando los placeres
con los pesares;
el chiste y el suspiro
lo que se olvida...
en fin, ese agrídule
de nuestra vida.

Yo que á la br. ma llamo
de puerta en puerta,
una lágrima dame
que, alegre, vierta,
manantial escondido
que yo no advierta;
suave arroyuelo
que cruzando mi rostro
su curso alargue
como un hilito de agua...
¡pero que amargue!
Yo que adoro la lucha
con sed de gloria,
si al fin, ebrío de goces
canto victoria,
quiero, cuando salude
más satisfecho...

¡que un hilito de sangre
cruce mi pecho!
Quiero risas y llantos
para mi obra;
mi corazón de artista
dentro me salta;
y ya tanta alegría
me basta y sobra,
pero no sentimiento,
que ese me falta,
Dolor, ven á mi pecho,
ven mudo y hondo.

¡El placer me da forma,
tú dame fondo.
Da perfume á mis versos
con algo triste;
sin ironía amarga
no es bueno el chiste.
Para que el mundo
de mirto y rosas
cifra mi frente,
ven á mí calladito
muy suavemente,
y entra dentro, muy dentro
de mi alegría.
¡Dolor, eterna fuente
de poesía!

ENRIQUE DE LA VEGA

Estafeta de la Dirección.

Enlaces.—Gustosísimo aceptaríamos sus trabajos si éstos fueran desinteresados, y nos complaceríamos en publicarlos si vinieran en condiciones de ser reproducidos. Con la tinta corriente de escritorio son antifotogénicos; precisa hacerlos con tinta China. Y ahora usted dirá. Queda en cartera su envío por si usted desea que se le devuelvan.

Benedicta Peña.—Su carta del 27 es la primera noticia que llega á mi poder de su pedido. No podemos complacerla en su pretensión por no ser la ropa de caballeros nuestra especialidad.

Respecto á los dibujos que pide, debe usted dirigirse particularmente á nuestro redactor artístico Sr. Salvi (D. Manuel), Carrretas, 31, segundo, y será usted complacida y quedará satisfecha.

Una bordadora.—En este mismo número queda usted servida, sin el escudo, porque á no ser título la persona á quien vaya destinado el trabajo, no debe ponerse el citado adorno, que ha pasado de moda.

Argentina.—Mi distinguida amiga y consejera: lo primero que hay que hacerse cargo es de que nuestra revista se titula LA MODA PRÁCTICA, y después de que es muy económica, y después de considerar que todas esas gollerías no las publican más que las revistas de modas que cuestan á siete y ocho francos el número, y que, á pesar de su opinión, podemos á usted mostrar la de muchas suscriptoras que están muy conformes con la marcha que seguimos en dicha sección de LA MODA.

Chiquita.—¡No, por Dios! Nada de asuntos tenebrosos y complicados. Nuestra redactora-secretaria es una señora muy pusulánime y se estremece cada vez que alguna de las desu cuerda le consulta esas cosas tan extraordinarias é inmorales respecto á la familia. Nada de amores contrariados con vistas al suicidio, al patibulo ó al penal. Todo eso es de muy mal gusto y se asustan los niños.



Letras G y S para bordar en pañuelos.

¡A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. **Martin G. Labiano.** Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

REGLAS Método infalible para toda clase de retrasos. Farmacia: Burot, 18, Nantes (Francia).

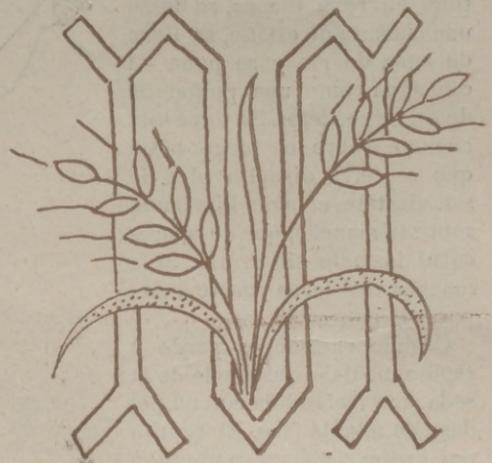
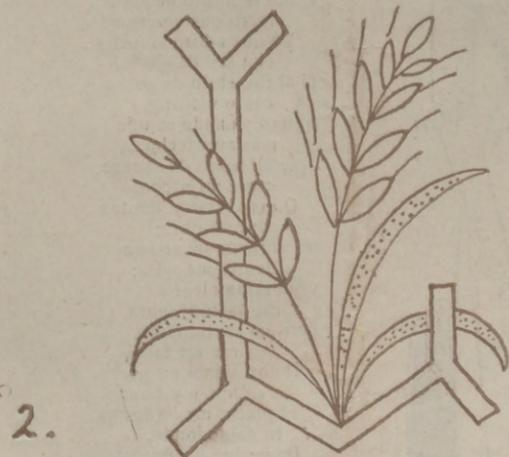
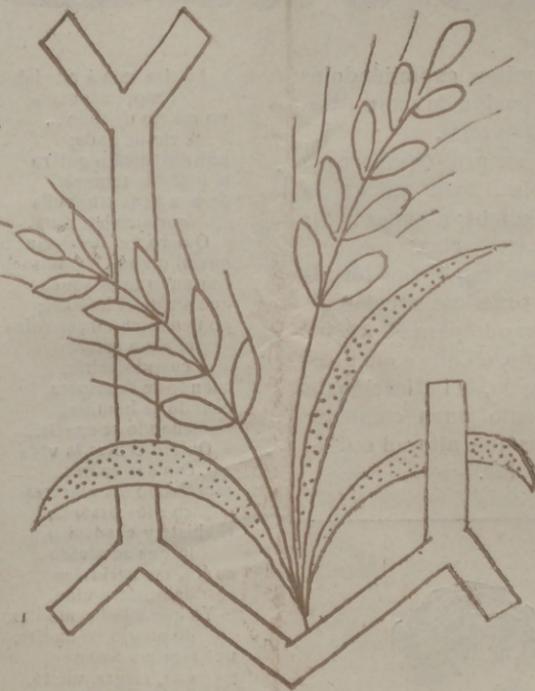
FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España: **San Alberto, 1, Madrid**

Merceria, mantelería, géneros de punto, puntillas. **Alonso y C.**—Pontejos, 1.

Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. Villanueva, 17. Madrid.



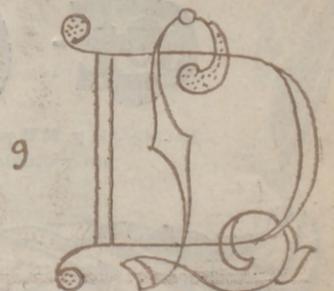
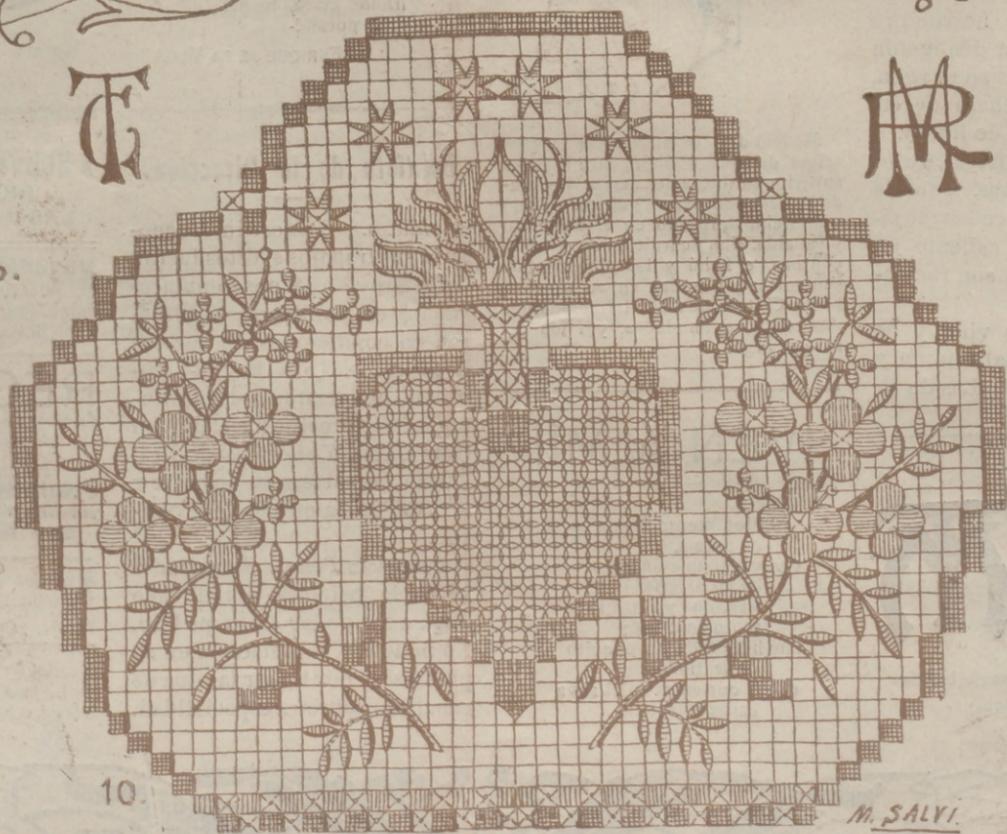
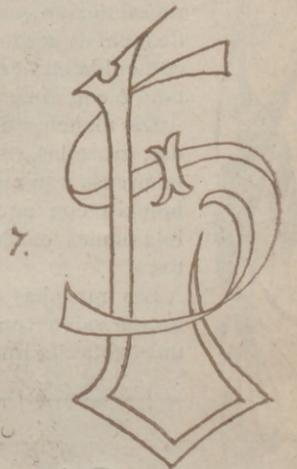
Letras JE y MT para bordar en pañuelos.



Matilde

Julia

Posario



M. SALVI.